

INTRODUCCIÓN

Precariedad en la era del trabajo digital

Precarity in the era of digital work

DAVID MUÑOZ-RODRÍGUEZ (Universitat de València) y ANTONIO SANTOS ORTEGA (Universitat de València)

Muñoz-Rodríguez, David y Santos Ortega, Antonio (2019). Precariedad en la era del trabajo digital. *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, 24(1), 1-13.

DE LAS VIEJAS A LAS NUEVAS PRECARIIDADES

Tras casi cuarenta años de precariedad laboral, es difícil saber por dónde empezar a hablar de ella. Inicialmente circunscrita a los contratos temporales, al paro y a los bajos salarios en la década de 1980, la precariedad ha acabado afectando a la mayoría de los empleos, a ambos géneros y a todas las edades, a diferentes situaciones profesionales y ocupaciones, a todas las esferas de la vida, llegando hasta el núcleo más profundo de la existencia. La precariedad es un dato ineludible en el sistema social contemporáneo. Aunque crece su extensión, no a todos afecta por igual. Entre las franjas más relegadas del mercado de trabajo, la intensidad de la precariedad, o su grado de vileza, somete a quien la padece a situaciones de menosprecio e injusticia extremas. Para tratar de conocer algunas de sus metamorfosis, en el presente número de RECERCA tratamos de abordar algunas de las dimensiones más recientes de la precariedad, captar sus mutaciones constantes y su invasión de esferas vitales y existenciales de las personas y sondear algunas de las manifestaciones que se vislumbran en esta era naciente de precariedad digital.

Aunque la precariedad es consustancial al trabajo en el sistema capitalista, en estas últimas décadas se ha desarrollado en un contexto de individualización, competitividad y debilidad sindical, lo que dificulta actuar sobre ella y que sea compartida por quienes se ven más golpeados. El novelista italiano Goffredo Parise anticipó en su novela *Il Padrone* (1965) el drama de la integración de la clase obrera y sus efectos futuros sobre la precariedad laboral. En la novela, un joven empleado comienza a trabajar en una empresa, va acatando las vicisitudes del trabajo, promocionando paulatinamente, soportando los deseos de un jefe caprichoso e insistente que le va arrinconando para que acep-

te todo, hasta llegar a aceptar casarse con su hija, la cual tenía síndrome de Down. Esta metáfora de la clase obrera integrada, que asume hasta un matrimonio que le llevará a tener hijos desgraciados, es el preludio inquietante, terrible, de un futuro precario. En esta fábula hipnótica de Parise se anticipan los costes de una integración laboral que se traduce en una pérdida de sentido vital —absorbido por el engranaje de la maquinaria alienante de la empresa—, los costes de un alejamiento de las vivencias colectivas, que dan paso a recorridos individuales desconectados de cualquier destino común.

Unas décadas después, con la condición precaria ya normalizada, podemos identificar la precariedad de los demás, la sentimos cercana, pero cuesta crear códigos para hacerla común, participada, y apenas cala en los marcos colectivos. No para de crecer, de mutar. El estrato anterior de precariedad posibilita el siguiente sin que haya apenas capacidad de reacción para frenarlo. Predomina la impotencia frente a un sentimiento de degradación multiforme del trabajo (Álvarez-Blanco y Gómez, 2016). En algunos casos, porque afecta a las condiciones mismas del trabajo o a los tipos de contrato o a las distintas situaciones de empleo; a los salarios, a la salud laboral, a las variadas precariedades localizadas en los jóvenes, donde se experimentan formas de explotación insólitas; precariedad también en el otro extremo de las trayectorias biográficas, con trabajadores mayores arrinconados; igualmente, en las precariedades asociadas a las desigualdades de género, a sus expresiones en el terreno de la etnia o de las movilidades y migraciones que proliferan. Por no hablar de las precariedades invisibles que se expresan en el terreno moral de la falta de reconocimiento, de la realización de trabajos indeseables, faltos de ética, o que bordean el engaño, ante la obligación de cumplir con los objetivos y obtener resultados o la precariedad provocada por las arbitrariedades de la evaluación, la omnipresente evaluación, que condiciona la buena relación con los compañeros o penaliza el buen trato al cliente. También la precariedad expresada en el tiempo de trabajo: para los más cualificados, la jornada laboral se estira y presiona sobre el tiempo personal/familiar; para los menos cualificados, la precariedad se manifiesta en la caza a los tiempos muertos, en la contabilización no del tiempo de trabajo, sino del tiempo específicamente productivo que permiten los contratos por horas que desmenuzan la jornada, si es que puede hablarse de jornada en estos tipos de trabajo. El modelo de trabajo a tiempo parcial es en sí una nueva forma de cronometraje en los servicios a las personas o en el comercio, donde se compartimenta el tiempo y la paga se ajusta al servicio prestado. Para unos y para otros, la supervisión 4.0 que traen las nuevas tecnologías desencadena un incremento del control: monitorización

en línea de ordenadores, control de los teclados mediante programas *keylogger*, cámaras web y grabaciones, seguimiento de las infracciones de rutina de trabajo, supervisión y neocronometraje gracias a la geolocalización, etc. Controlar y monitorizar podría ser el lema de la nueva gobernanza del algoritmo y las modernas formas de *dataveillance*.

Esta vasta y multiforme extensión de la precariedad, sufrida en carne propia, universalizada, acumula ya años de impacto sobre las vidas de trabajadores y trabajadoras. Es por ello que, a lo largo de estas décadas, contamos con tantas narraciones personales, diarios, llamamientos, denuncias, alertas y testimonios de la precariedad. Una precariedad que gota a gota impregna las biografías individuales. Hemos conocido y acompañado a los precarios, desde los más descualificados, cautivos de las empresas de trabajo temporal (Martínez, 2003; Chauvin, 2010), hasta los más cualificados investigadores precarios, confinados en la trampa del entusiasmo (Zafra, 2017); o en las garras de las *startups*, donde se pide a los empleados que trabajen como jefes con salarios de becario (Ramadier, 2017); o jóvenes *millennials* multiusos trabajando gratis en eventos para entrenar la competitividad (Armano y Murgia, 2016); o en las mil formas de cuidados precarios que protagonizan las mujeres (Mianiti, 2005; Muñoz y Santos, 2015); o en los trabajos *freelance* de máxima polivalencia y mínimos ingresos (Vouteau, 2018) o arriesgando la carrera tras la promesa de convertirse en emprendedor de éxito (Neff, 2012); o en la universidad, donde también se han explorado las heridas de la precariedad (Gill, 2015). Por su parte, el periodismo de investigación ha contribuido al estudio de la precariedad sacando a la luz las precariedades de los inmigrantes en malos empleos (Wallraf, 2006, 2010); las empleadas de comercio infrapagadas (Ehrenreich, 2003); las mujeres de la limpieza por horas (Aubenas, 2011); los polígonos robotizados de Amazon (Malet, 2013); las tristes vicisitudes del yo precario entre la temporalidad, los trabajos informales y el paro, que podemos encontrar en un libro de López Menacho (2013) que acaba bien: al autor le hacen un contrato de 3 meses. La variedad de malos trabajos en el submundo de la precariedad es internacional y ha sido recogida en los *Bullshit Jobs* —trabajos de mierda— (Graeber, 2018); en los *boulot de merde* (Brygo y Cyran, 2017); en los *craps jobs* (Kieran, 2004). Decenas de reportajes e investigaciones sociológicas que nos han permitido visitar enclaves de la precariedad y quizá acompañar, en su aislamiento, a estos trabajadores y trabajadoras en precario; tal vez repetir en voz alta sus reflexiones para que podamos volver a repensarlas en un espacio colectivo.

La recopilación de precariedades actuales se extiende sin límites. La realizada por Valérie Segond (2016) se estructura sobre la enseña del *low cost*. Precariedades, por ejemplo, de pilotos en compañías aéreas que pagan de su bolsillo los cursos de formación organizados por escuelas de la propia compañía, que pagan también el proceso de selección o la experiencia necesaria para ser admitidos en plantilla, a costa de comprar horas de vuelo en aerolíneas de Europa del este o de los países bálticos, que venden bloques de horas para estos jóvenes pilotos primerizos. Se compra empleabilidad mediante el endeudamiento. Estos no serían los únicos efectos del trabajo *Ryanizado*, un trabajo organizado en turnos hiperflexibles, por proyectos, apoyado en el desajuste permanente de trabajo-vida de la plantilla, contratada, mayoritariamente, en régimen autónomo o mediante alguna ETT.

Precariedad *low cost* también organizada sobre la base de las edades jóvenes mediante prácticas, becas, ayudas y contratos de investigación en universidades, en empresas y en administraciones públicas. Este amplio sector capta el valor del trabajo cualificado de los jóvenes bajo el modelo de un intercambio desigual de trabajo gratuito por una supuesta acumulación de experiencia laboral. Este invento excepcional para generar beneficios y ahorrar costes se basa en la ambivalencia de la figura de estudiante en prácticas: no son reconocidos como profesionales, pero han de trabajar para aprender. Realizan trabajo real sin apenas remuneración, tan solo con la remuneración simbólica de acumular currículum —un cilicio inagotable con el que cada vez tienes que darte más fuerte en el capitalismo informacional—. Los sistemas de prácticas puestos en marcha en partenariado universidad-empresa se acompañan de un aparato propagandístico, que difunde la idea de que las prácticas son la llave del empleo. Ello incentiva el hecho de que las prácticas sean deseadas, hasta exigidas por los estudiantes o recién graduados. Un sistema basado en la promesa y la esperanza —*hope labor*, tal como es denominado por Kuehn y Corrigan (2013)— que no se ve corroborado por la realidad. Dominique Glaymann (2017) estima para el caso francés un 30 % de conversión de las prácticas en contratos de trabajo tras su finalización y se concentran en ingenieros o alumnos de escuelas de elite. Las prácticas son responsables del efecto contraproducente de servir de tapón para la creación de empleos cualificados en el sector de la empresa privada. Esto sucede sistemáticamente en ramas profesionales ligadas al trabajo creativo e intelectual (agencias de publicidad, empresas del sector de la información, editoriales, agencias de comunicación, de *marketing*, moda, diseño, etc.). Es frecuente que las empresas, incluso *start up* tocadas por el talento y la innovación, subsistan o despeguen gracias a la rotación intermi-

nable de jóvenes en prácticas que entrenan a la siguiente hornada. Estos jóvenes aportan una gran flexibilidad debido a sus condiciones vitales —pocas responsabilidades, ayudas de las familias, tiempo libre—. El sector de las prácticas está alcanzando ya una complejidad a la medida de su demanda por parte de los jóvenes y ya comienza a ser, en sí mismo, un sector que devuelve beneficios gracias al *stage business*, un negocio donde se vende formación o periodos de prácticas *de calidad*, pagados por los graduados, o sistemas de mentoría, *coaching* para mejorar la empleabilidad. Las prácticas son una escuela de difusión del estilo empresarial que los jóvenes asimilan tan intensamente como los contenidos técnico-profesionales. Aunque solo una minoría de las prácticas se convierta en un empleo real, la mayoría de los jóvenes aspiran a esta tierra prometida con ilusión y están dispuestos a pagar el coste de este periodo de trabajo gratuito, muchas veces salpicado de malas experiencias y expectativas defraudadas. Quizá a la siguiente se corra mejor suerte.

1. LA NECESIDAD DEL ANÁLISIS CRÍTICO DEL TRABAJO DIGITAL: LOS CONTENIDOS DEL MONOGRÁFICO

Pretender volver hoy al marco laboral previo a la década de 1980, antes de que se impusieran las demandas de flexibilidad de las empresas y la consiguiente precariedad que ello provocó, es imposible. El mundo empresarial logró entonces imponer las medidas que favorecían sus intereses y ha ido incorporando, superponiendo, otras nuevas que han producido formas cambiantes de precariedad. Analizar la precariedad y proponer intervenciones para combatirla fundadas en el imaginario de 1980 da como resultado políticas no solo ya inaplicables, sino insuficientes de cara a comprender las nuevas dinámicas de la precariedad laboral-vital. Hoy la empresa no se presenta solo como una forma jurídico-laboral, sino como una forma de vida integral (Dardot y Laval, 2016), que celebra la llegada de una ciudadanía basada en el ciudadano-empresa que gestiona su propia vida en el marco de las relaciones mercantiles. Este es el nuevo contexto de donde emergen las recientes expresiones de la precariedad. Rebajar las tasas de temporalidad es una medida deseable, pero insuficiente para afrontar este escenario. La precariedad no está ya ligada únicamente a una necesidad económica de la empresa, sino a un estilo de vida y de gestión. Ha desbordado las fronteras de lo laboral y hoy no resulta suficiente hablar meramente de contratos precarios de trabajo. La identidad precaria impacta ya de forma general sobre los cursos vitales de las personas. Nos aden-

tramos en un modelo de precariedad que se despliega *in extenso* en la vida de los jóvenes, en la política de la vida.

Pretender el retorno de la estabilidad laboral en el marco de un discurso que exalta y glorifica el cambio y la movilidad, con persuasivos y prometedores mecanismos propagandísticos, es insuficiente, hasta iluso. La norma de la precariedad ha sustituido a la de la estabilidad y la empresarización del individuo se vive como la única salida en un contexto que impulsa a ser un ciudadano flexible, ceñido a los modos de circulación inestable del capitalismo contemporáneo. Es por esto que en los discursos de los jóvenes no hay apenas rastro de las instituciones sociales. No apelan ya al derecho, a la legislación laboral y mucho menos a los sindicatos como mecanismos de defensa, sino a uno mismo y a su red cercana. La colectividad ha sido sustituida por la conectividad y la competitividad. Y el empleo, por la empleabilidad. Una competitividad que dificulta o impide los lazos entre iguales. En este marco, la única coherencia, la mejor estrategia, es la del oportunismo, la de mantenerse activo y aprovechar la oportunidad.

Si los modos de trabajo son precarios, la vida también lo será. Este viejo axioma, hoy un tanto olvidado, explica la actual proliferación de nuevas precariedades vitales, que de los modos de trabajo se expanden a la vida. Aunque la precariedad sea consustancial al trabajo en el sistema capitalista, muestra rasgos particulares en cada época. Su visibilidad actual, sus rasgos de época en el capitalismo cognitivo, no se circunscriben solo a los espacios laborales, sino al marco vital. Andrea Fumagalli (2015) habla de *subsunción vital del trabajo al capital* para describir cómo el capitalismo cognitivo actual capta las capacidades lingüísticas, relacionales y cognitivas de los sujetos, en una suerte de biopolítica que se despliega no solo en los lugares de trabajo, sino en la vida puesta al servicio del trabajo. Por ello, el capitalismo actual y la empresa de la era digital valoran tan positivamente el trabajo sobre sí mismo, sobre el cuerpo como soporte de la producción de valor.

Así, en primer lugar, Rosalind Gill en su artículo analiza de manera magistral la forma en que gestionan sus vidas los trabajadores y trabajadoras de algunos de los sectores más característicos del nuevo capitalismo. Uno de los rasgos de las economías digitales es la difuminación de la separación entre el trabajo y los distintos ámbitos de la vida. Pero, tal como nos recuerda esta brillante autora, la creciente borrosidad de las fronteras no solo se puede observar a través de las horas dedicadas al trabajo fuera de los espacios hasta ahora habituales (oficina, etc.), sino que supone el despliegue, por parte de los sujetos, de un conjunto de, en palabras de Foucault, «operaciones sobre sus

propios cuerpos y almas, pensamientos, conductas y modos de ser» (Foucault, 1990: 48). Esta nueva configuración borra cualquier espacio externo a los procesos de valorización, lo cual resulta especialmente lesivo para unos sujetos que han sido convertidos en una nueva suerte de empresarios de sí mismos.

En los discursos empresariales de hoy encontramos las precariedades laborales de mañana. Es por esto que la precariedad no se puede investigar, interpretar, solo como resultado de la crisis de la norma laboral fordista. Es también fruto de los discursos empresariales que construyen nuevas normas laborales, de nuevas formas de captura del valor que el capitalismo financiarizado lleva a cabo (Chicchi, Leonardi y Lucarelli, 2016). Captura, en buena medida, de la subjetividad (Armano y Murgia, 2016). Hoy, por ejemplo, con el auge de los discursos empresariales (Fernández Rodríguez y Medina-Vicent, 2017), nos damos cuenta de que la precariedad no es algo externo que proviene de las condiciones del mercado de trabajo, sino algo profundamente interno, que arraiga en nuestra subjetividad y restringe las preguntas que podemos hacernos. Una subjetividad, pues, en buena parte heterodeterminada, que acaba siendo naturalizada, interiorizada, coercitiva y, finalmente, autoimpuesta.

El «empresario de sí mismo» sobre el que Michel Foucault (2007) reflexionó en su *Nacimiento de la biopolítica* prosigue su desarrollo con un yo empresarizado que alcanza su máxima expresión en el mundo del trabajo financiarizado de hoy en día. El individuo se ve empujado a integrar las lógicas competitivas y financieras en su vida laboral. Las estrategias de valorización de sí condicionan las posibilidades de éxito de los individuos. Por tanto, las opciones estratégicas actúan a la manera de una cartera de valores sobre la cual los sujetos tienen que decidir. Cualquier microestrategia que sirve para mejorar alguna de las capacidades o competencias anteriores incide en la valorización, en la apreciación del sujeto de cara al mercado (Feher, 2017). Esta empresarización, financiarización y cuantificación del yo (Lupton, 2016; Moore, 2017), que se expande con la lógica del capital humano (Muñoz y Santos, 2018) y del trabajo emprendedor (Santos, 2018), corre paralela a profundos procesos de precarización.

El punto de partida de Massimiliano Nicoli y Luca Paltrinieri es, precisamente, esta extensión de la figura de la empresaria o del empresario de sí mismo, figura que está *normalizando* todo un abanico de conductas, tal como nos recordaba Rosalind Gill, y que ha acabado por convertirse en el marco que orienta las conductas. Así, en el segundo de los artículos del monográfico, Nicoli y Paltrinieri desarrollan un interesante análisis para explicar de qué forma esta figura del empresario de sí mismo está mutando a su vez en un «inversor

de sí mismo», dando pie a una configuración que es, si cabe, aún más nociva para unos sujetos desprovistos, cada vez más expuestos a los procesos de precarización (Murgia, 2012). Esta nueva configuración supone la difusión de mecanismos y dispositivos de evaluación que son incorporados por los sujetos, los cuales, a su vez, construyen nuevos relatos sobre los fracasos, que son vistos como algo inherente a la trayectoria del empresario/inversor. Se aleja así cualquier visión de la realidad social como espacio de conflicto entre actores con intereses distintos: el conflicto es sustituido por un nuevo *ethos* que prescribe la autoexigencia de los sujetos a través de la inversión en sus propios *capitales*.

Esta nueva normatividad que se está constituyendo en las economías digitales tiene en el emprendimiento uno de los referentes centrales. Alrededor del emprendimiento se difunden discursos (casi se diría que estos discursos se propagan a través de una especie de nuevo *idioma* emprendedor) y, sobre todo, se congregan y entran en acción multitud de actores institucionales. En tercer lugar, Diego Carbajo y Peter Kelly, a través del avance de los resultados de dos proyectos de investigación desarrollados a caballo entre Europa y Australia, presentan un agudo análisis sobre este despliegue de los actores institucionales que promueven el emprendimiento. El texto de Carbajo y Kelly realiza una aportación clave al estudio de estos procesos y proponen un concepto, «gramáticas globales del emprendimiento», que permite visibilizar y estudiar las relaciones de poder en el seno de la difusión del emprendimiento. Además, la contribución de Carbajo y Kelly facilita el reconocimiento en los contextos locales de estas gramáticas globales, posibilitando de este modo el estudio de los modos de apropiación y reconstrucción de las mismas que tienen lugar en los distintos espacios de interacción.

En este sentido, el mapa actualizado de la precariedad agrega a las viejas regiones nuevos territorios que se localizan en el trabajo *freelance*. En esta figura, se aglutinan las incertidumbres —ingresos, responsabilización, competitividad a ultranza—. Con su glorificación de la figura del *freelance* y del trabajo emprendedor, el neoliberalismo ha acabado con la precariedad y el paro ya que todos podemos ser emprendedores, autónomos, cuyos servicios se demandarán si se consigue reputación. También se ha acabado con la precariedad ya que con el emprendimiento se positiviza la autoexplotación, la intensificación y el riesgo y se preconiza la activación permanente. A través del *freelance* la empresa generaliza la figura de jefe y la externaliza a todo el mercado de trabajo. La empresa no es la única depositaria de ejercer un mando sobre sus asalariados. Empresarios que mandan y empleados que obedecen, esta dicotomía se diluye cuando todos somos empresa como reclama el escenario *freelance*.

Las nuevas formas de la precariedad en la economía digital se reproducen a través de, entre otros mecanismos, la conversión de cada vez más ámbitos de la vida en lugares de generación de valor económico. Las plataformas vinculadas con la mal llamada *economía colaborativa* son uno de los casos más paradigmáticos. El caso de Airbnb está siendo objeto de un minucioso trabajo de análisis por parte de Javier Gil, un sociólogo que combina el compromiso cívico con la rigurosidad en sus trabajos. En cuarto lugar, Gil aporta un interesante análisis de los discursos y las vivencias de personas que hacen de anfitriones en esta plataforma dedicada al alquiler de alojamientos turísticos. A través del trabajo de Gil observamos cómo el alquiler de una habitación supone para estos anfitriones mucho más que la puesta a disposición de Airbnb de una parte de sus viviendas: la forma de negocio de esta plataforma se asienta, en buena medida, sobre el hecho de que los anfitriones y las anfitrionas movilicen aspectos inmateriales de sus propias vidas para ofrecer *experiencias* a quienes demandan alojamiento.

Otra de las oscuras dimensiones que se abren con el trabajo digital es la proliferación de nuevas vías a través de las cuales se ejerce la vigilancia sobre los sujetos. Esta dimensión disciplinaria está magníficamente retratada en el quinto artículo presentado en el monográfico, firmado por Francesca Coin, quien analiza brillantemente la emergencia de formas novedosas de *data-veillance* en el contexto académico. Se trata de un texto esclarecedor y muy pertinente en el actual debate sobre las formas de evaluación del trabajo académico, especialmente en nuestro contexto, donde la irrupción de este *digital academic* ha venido de la mano de la introducción de nuevos requerimientos, como los sexenios de investigación, que incrementan la tensión con la que se vive la producción y medición del *impacto* por parte de las investigadoras y los investigadores. La contribución de Coin puede ser de gran utilidad para comprender la penetración del neoliberalismo, de la mano de las nuevas herramientas digitales, en la universidad, a la vez que puede suponer una reflexión muy útil en la tarea de pensar las formas de resistencia desde la propia academia.

Ahondando en la cuestión del empeoramiento de las condiciones de los empleos, en el sexto de los artículos, Álvaro Colás Ramos realiza una interesante revisión de la obra más reciente de David Graeber, la cual gira alrededor de los empleos basura. Para Graeber, como señala acertadamente Colás, el sector financiero es relevante en el análisis de los *bullshit jobs*, no solo por la importancia económica de este sector, sino, sobre todo, porque las características del mismo facilitan la producción de este tipo de empleos. El modelo de

Graeber plantea la necesidad de un análisis que vaya más allá de la lógica económica para poder explicar por qué el capitalismo actual, aparentemente contra la lógica económica, produce de forma masiva estos empleos basura.

Por último, para nosotros ha sido todo un lujo poder contar con la contribución de Isabell Lorey, quien señala un tema clave, la cuestión de la deuda, en un texto en el que amplía algunas reflexiones ya recogidas en otros artículos suyos. Lorey recuerda que, en la economía digital, en este renovado capitalismo, la productividad no se apoya en los factores clásicos del mundo del empleo, sino que está vinculada de forma muy especial con el éxito de determinados procesos de subjetivación. Estas nuevas subjetividades son funcionales a los procesos de valorización del capital en tanto que consiguen la interiorización de los riesgos, asumidos como culpa, por parte de los individuos.

Nuestra intención a la hora de proponer este monográfico ha sido abrir una ventana a los trabajos que se están realizando alrededor de las precariedades que conforman el núcleo de la economía digital. Pensamos que la colección de textos que se presentan son una buena muestra de las líneas de investigación sobre el tema. En conjunto, las autoras y los autores que colaboran en este número nos acercan a la comprensión de la precariedad como situación estructural en el marco del neoliberalismo contemporáneo. Se trata de análisis y enfoques muy necesarios, no solo desde la perspectiva académica, sino también para poder retornar a la sociedad (y especialmente a los nuevos movimientos sociales y los grupos de activistas contra la precariedad) un conocimiento que sea susceptible de ser transformado en acción práctica. Una acción que, estamos convencidos, posibilitará la construcción de formas de autoorganización o de contrasubjetividades críticas, a través de recorridos creativos y cooperativos, fuera del autoemprendedor y del microemprendedor y del trabajo asalariado por cuenta ajena; fuera, al fin, de la lógica neoliberal.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez-Blanco, Palmar y Gómez, Antonio (Coords., 2016). *La imaginación hipotecada. Aportaciones al debate sobre la precariedad del presente*. Madrid: Libros en Acción.

Armano, Emiliana y Murgia, Annalisa (2016). *Le reti del lavoro gratuito*. Verona: Ombre Corte.

- Aubenas, Florence (2011). *El muelle de Ouistreham*. Barcelona: Anagrama.
- Brygo, Julien y Cyran, Olivier (2017). *Boulots de merde!* Paris: La Découverte.
- Chauvin, Sébastien (2010). *Les agences de la précarité. Journaliers à Chicago*. Paris: Seuil.
- Chicchi, Federico, Leonardi, Emmanuele y Lucarelli, Stefano (2016). *Logiche dello sfruttamento*. Verona: Ombre Corte.
- Dardot, Pierre y Laval Christian (2016). *Ce cauchemar qui n'en finit pas*. Paris: La Découverte.
- Ehrenreich, Barbara (2003). *Por cuatro duros. Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos*. Barcelona: RBA.
- Feher, Michel (2017). *Le temps des investis. Essai sur la nouvelle question sociale*. Paris: La Découverte.
- Fernández Rodríguez, Carlos Jesús y Medina-Vicent, Maria (2017). Los nuevos discursos del management: difusión, impactos y resistencias. *Recerca*, 20, 7-14. doi: 10.6035/Recerca.2017.20.1
- Foucault, Michel (1990). *Tecnologías del yo. Y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica: Curso del Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fumagalli, Andrea (2015). *La vie mise au travail*. Paris: Eterotopie.
- Gill, Rosalind (2015). Rompiendo el silencio: las heridas ocultas de la universidad neoliberal. *Arxius de Ciències Socials*, 32, 45-58.
- Glayman, Dominique (2017). Le stagiaire entre déni et reconnaissance de son travail. En Cléach, Olivier y Tiffon, Guillaume (Dir.). *Invisibilisations au travail (323-334)*. Paris: Octarès.
- Graeber, David (2018). *Trabajos de mierda*. Barcelona: Ariel.
- Kieran, D. (2004). *The idler book of a Crap Jobs*. London: Bantam Books.
- Kuehn, Kathleen y Corrigan, Thomas (2013). Hope Labor: The Role of Employment Prospects in Online Social Production. *The Political Economy of Communication*, 1(1), 9-25.

- López Menacho, Javier (2013). *Yo, precario*. Barcelona: Los libros del Lince.
- Lupton, Deborah (2016). *The Quantified Self: A Sociology of Self-Tracking*. Cambridge: Polity Press.
- Malet, Jean-Baptiste (2013). *En los dominios de Amazon*. Madrid: Trama.
- Martinez, Daniel (2003). *Carnets d'un intérimaire*. Marseille: Agone.
- Mianiti, Mairangela (2005). *Una notte da entraîneuse. Lavori, consumi, affetti narrati da una reporter infiltrata*. Roma: DeriveApprodi.
- Moore, Phoebe V. (2017). *The quantified self in precarity: Work, technology and what counts*. London-New York : Routledge.
- Muñoz, David y Santos, Antonio (2018). *En las cárceles del capital humano. Nuevas precariedades y formas de subjetivización de los procesos contemporáneos de precarización*. Málaga: Zambra-Baladre.
- Muñoz, David y Santos, Antonio (2015). Las nuevas precariedades a través de las au pairs universitarias. Del cosmopolitismo a los trabajos de cuidados a bajo coste. *Prisma Social. Revista de Ciencias Sociales*, 15, 526-561.
- Murgia, Annalisa (2012). Posizionamenti precari. Rappresentazioni del lavoro e costruzioni identitarie nelle storie di vita. En Murgia, Annalisa y Armano, Emilia (Eds.). *Mappe della precarietà. Spazi, rappresentazioni, esperienze e critica delle politiche del lavoro che cambia* (vol. 1) (127-146). Bologna: I Libri de Emil.
- Neff, Gina (2012). *Venture Labor: Work and the burden of risk in innovative industries*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Ramadier, Mathilde (2017). *Bienvenue dans le nouveau monde*. Paris: Premier Parallèle.
- Santos Ortega, Antonio (2018). La revolución emprendedora como política de activación y creación de nuevas subjetividades entre los jóvenes. En Cano, Francisco, Calvo, Ricard y Rodríguez, Juan. *Ciencias Laborales y emprendimiento* (19-44). Valencia: Neopatria.
- Segond, Valérie (2016). *Va-t-on payer pour travailler?* Paris: Stock.
- Vouteau, Sophie (2018). *Ma vie d'auto-entrepreneur. Pas vraiment patron, complètement tâcheron*. Monaco: Éditions du Rocher

WallRaff, Gunter (2006). *Cabeza de turco*. Barcelona: Anagrama.

WallRaff, Gunter (2010). *Con los perdedores del mejor de los mundos*.
Barcelona: Anagrama.

Zafra, Remedios (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama.